

Rodrigo Estévez Andrade
Matías Méndez

Ahora Alfonsín

Historia íntima de la
campaña electoral que cambió
la Argentina para siempre



Rodrigo Estévez Andrade
Matías Méndez

Ahora Alfonsín

Historia íntima de la
campaña electoral que cambió
la Argentina para siempre



1 AHORA ALFONSÍN



(Gentileza *Diario La Nación*.)

El gesto, si bien marcial y protocolar, no carecía de esas pinceladas de noble amateurismo que por momentos se apoderaban de la casaquinta de Cura Allievi 55. Después de largas horas de espera, ese “ojo, que ahora custodiamos al presidente” fue el anuncio de un cambio de época. Desde atrás de unos tupidos bigotazos, el oficial en jefe de la custodia se dirigió así a dos subalternos de la Policía Federal que estaban asignados para cuidar al candidato durante las últimas jornadas de la campaña electoral. Cinco automóviles Ford Falcon con los motores en marcha y las luces de posición encendidas, con esas características patentes porteñas de la letra C (cuya numeración, blanca sobre negro, empieza en 1113), con choferes de sobaquera armada, vestidos de traje y corbata, aguardan detrás del cerco de ligustrina en aquel enclave de Boulogne, donde una numerosa familia de clase media de Chascomús rodea a su integrante más célebre: un hombre de 56 años que no pierde su calma campechana y repite –una y otra vez– “hay que esperar, hay que esperar”, mientras el reducido núcleo de amigos que lo acompaña ya no reprime el “¡vamos, Raúl, carajo!”.

Por azar, Eduardo Metzger atiende el teléfono; una voz de mando lo saluda y le pide que lo comunique con el doctor Alfonsín. “No puede tomar la llamada”, responde el productor. “Soy el comisario general a cargo de las custodias, transmítale que a partir de este momento el responsable de su custodia es

el comisario Omar Tirelli, que ya se está dirigiendo hacia allá”, informa lacónico. Antes de cortar Metzger pide que le deletree el apellido y lo anota. Al productor –el hiperquinético, el de los avisos, los móviles, los éxitos de TV– le tiemblan las piernas. Inmóvil, con el tubo en la mano, repite mentalmente dos veces: dijo *presidente*.

Ajeno al despliegue policial, el futuro ministro de Economía y Finanzas Públicas, Bernardo Grinspun, grita: “¡Cagaste, Raúl, ganamos!”, y estalla en una ruidosa carcajada que huele más a desahogo que a festejo. María Lorenza Barreneche lo mira sorprendida desde un sillón incómodo y hundido por el paso del tiempo. Por sobre su cabeza pasa un extenso cable de teléfono; el que intenta escuchar es Aldo Neri.

Se trata del mismo aparato blanco con el que Luis Caeiro y Víctor Martínez van a batallar un poco más tarde contra la larga distancia de Entel, pugnando por acceder a los resultados de Córdoba, en una disputa cuerpo a cuerpo por el uso de la línea con los periodistas que dictan aceleradamente sus textos a los editores. Eran tiempos en que las comunicaciones de larga distancia debían solicitarse con antelación a la operadora, no siempre se concretaban, había que esperar varios minutos –a veces incluso horas– para recibir el ansiado llamado que prometía la conexión requerida. Y generalmente la fritura entorpecía el audio.

Neri, futuro ministro de Salud y Acción Social, corta la comunicación entusiasmado y empieza a recorrer la casona. En un momento se distrae frente a una diminuta bandera plástica roja y blanca que alguien olvidó en un ángulo del living, un cotillón de campaña en el que también se puede ver la omnipresente imagen del candidato con las manos entrelazadas por sobre su hombro izquierdo. Baja la mirada y sigue la caminata hasta dar con la persona que buscaba: “Raúl, me acaban de decir que estamos ganando en casi todos lados”. El que había llamado era Bernardo Neustadt.

La geografía se limitaba a un amplio chalet de una sola planta. En una extensa mesa en el comedor se disponían tartas pas-

cualinas, empanadas, zapallitos rellenos, vinos, gaseosas y aguas sin gas que amortiguaban las tensiones de la espera. El jardín trasero, junto a la pileta de natación, era el lugar elegido por los más jóvenes, que vivían la experiencia de votar por primera vez –y encima a su propio viejo–. Dentro de la casa había un moderno televisor color, pero habían decidido sumar también otros dos más pequeños, en blanco y negro. Hubo que hacer magia con las antenas para sintonizar las transmisiones de los canales porteños. Con esos tres aparatos en busca de información, las radios del patio posterior sintonizadas en las emisoras líderes, más el apoyo de un par de líneas telefónicas, empezaron a armar el rompecabezas del escrutinio.

Los datos escasos no hacían más que confirmar la certeza que Raúl Alfonsín había intentado transmitir durante la campaña. Él, sin embargo, no perdía su condición de dirigente bonaerense e insistía en reclamar resultados del conurbano –tradicional bastión del peronismo en el cordón industrial colindante con la Capital Federal–. Se servía una copa de vino blanco, comía algo, picaba un poquito más, se quedaba detenido frente a alguna pantalla de TV. Caminaba y pensaba, cargaba con diez kilos de sobrepeso que había sumado en los últimos meses. Entraba y salía de la casona, y los periodistas que deambulaban por el jardín se le acercaban cada vez que lo veían asomarse.

El fin de semana que cambió su vida empezó el sábado en su casa de Chascomús, avenida Lastra 228, con un grupo de periodistas. Un gesto de reconocimiento para ese puñado de gente con el que había compartido sus recorridas. Café con edulcorante en la vieja confitería Achalay (en quechua, *qué lindo, qué bueno*), que ya había dejado atrás su nombre autóctono por el inglés Fire. En ese mismo sitio, y con solo 17 años, había reunido a los amigos que lo acompañaron en su primera derrota, la de 1946 con el Movimiento de Intransigencia y Renovación. Un grupito que no superaba los 120 votos pero que plantó bandera frente el *establishment* partidario.

–Aunque sea con café, pero brindemos por el triunfo –le dijo uno de los cronistas, confiado.

–No, no brindemos. Todavía estamos fruncidos –respondió con una sonrisa. Y se tomó un minuto para presentarles a su “*teacher*” de inglés, la hija de uno de sus amigos de la infancia.

Luego almorzó en el campo de los Bigatti, su segundo hogar. La siesta, inevitable, fue en su casa. Y por la tarde caminó unas cuadras hasta el comité partidario. Hizo honor a una vieja tradición que algunos medios transformaron en cábala: pasó a saludar a los suyos, que interrumpieron la crucial reunión de fiscales. La vieja casona en la esquina de Mazzini y Lincoln recibió por última vez al ciudadano de a pie repleta de militantes jóvenes, mujeres y hombres que trabajaban en preparar la logística para la larga jornada.

A la noche cenó empanadas y pastas en la casa de los futuros suegros de su hijo Javier, la familia Aldet. Un rato después de medianoche saludó, volvió a su casa y se fue a dormir.

El domingo arrancó muy temprano en su Chascomús natal, una pequeña ciudad de 30 mil habitantes ubicada a una hora y media de la capital argentina. A las 7.30 recibió a un grupo de periodistas en el living. “Dos departamentitos que hizo a instancias de los Goñi”, como caracterizó uno de sus hijos. “Chalets gemelos”, interpretaron los periodistas de *La Semana*.

–¿Nervioso, doctor? –indagó el enviado de Editorial Atlántida, Daniel Cecchini.

–No, muchacho. Contento –respondió con el tono de siempre. El cronista le preguntó qué significaba haber llegado a ese día y la réplica fue inmediata–: El comienzo de cien años de democracia.

En ese primer encuentro con el periodismo, alguien insistió con el resultado. “No sé si ganamos, pero no perdemos por goleada”, se limitó a responder en esa charla informal.

A la Escuela Municipal N°1 Juan Galo de Lavalle, en la calle San Martín, llegó a las 9.35 del domingo 30 de octubre. Caminó hasta la primera de las seis mesas dispuestas en el pasi-

llo central, entre un mar de gente en el que se entremezclaban autoridades de mesa, vecinos y militantes con el desembarco de una treintena de fotógrafos, veinte periodistas y camarógrafos de nueve canales de TV que aguardaban para retratar la escena del sobre blanco firmado y cerrado ingresando en la urna de madera fajada –una de las casi ochenta mil urnas-valija diseminadas por todo el país que había diseñado José Pedro Bottai, un inmigrante italiano ganador del concurso público tras la promulgación de la Ley Sáenz Peña, por la que tantos radicales habían muerto en cuatro sucesivas revoluciones armadas–.

En esa pequeña multitud sobresalía una señora visiblemente conmovida que intentaba contener las lágrimas, y cuando alguien se acercó a ofrecerle ayuda ella solo pudo responder que estaba ahí para saludar a su compañero de escuela. Alrededor de la mesa, se posicionaron los cronistas de los canales de Buenos Aires, que habían llegado antes de la apertura y habían hecho un sorteo para determinar quién preguntaría primero: Carlos Barulich de Argentina Televisora Color, Julio César “El Turco” Caram de Canal 9, Alberto Amorosino del 11 y Jorge “Chacho” Marchetti del 13. Este último era el único movilero sin corbata –integrante de una generación de jóvenes radicales que habían organizado la resistencia al Onganiato, tras el golpe a Illia–.

El cronista de ATC llegó temprano porque pidió ir a cubrir el voto de Alfonsín. Lo había conocido en la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos, y había quedado conmovido cuando lo escuchó en el acto de diciembre de 1982 en el Luna Park.

El candidato se tomó menos de un minuto en el cuarto oscuro y no cedió ante la insistencia de fotógrafos y camarógrafos para posar, frente a la urna, con el sobre debidamente cerrado y firmado. Adentro ya estaban puestas las abultadas boletas de la Lista 3, que tenían cinco capítulos. Dos eran blancas, correspondientes a los cargos nacionales, donde debería votar a sus electores, encabezados por su amigo Raúl Borrás; dos celestes, las de los cargos provinciales a gobernador y vice, y de las

boletas legislativas de los representantes de la quinta sección electoral, y finalmente la amarilla, que llevaba a los candidatos municipales.

Estrechó la diestra del contador José Álvarez, presidente de mesa, y partió junto a sus tres hijos varones, todos votantes de esa misma mesa. Su uniforme tenía muy poco de protocolar, precisamente porque era netamente dominguero: zapatos negros, pantalón gris, cinturón negro, camisa blanca con un diminuto cuadrillé bordó y campera liviana de gabardina azul oscuro.

De allí, en un Ford Falcon amarillo, salió a la ruta para emprender los 152 kilómetros que lo separaban de San Isidro. Un grupo de periodistas siguió el auto; otros se quedaron entrevistando a los vecinos y vecinas en la escuela. La mujer que lloraba dijo entre sollozos, con tono imperativo y premonitorio: “Póngase contento, acaba de entrevistar al presidente”. Barulich no lo olvidó.

Alfonsín se refugió en esa casa de fin de semana en Boulogne, a cinco cuadras de la Panamericana. Llegó al mediodía para almorzar una tira de asado con ensalada, tomar una copa de vino tinto y esperar el postre (hubo helado). El dueño de casa, el productor televisivo Alfredo Odorisio, aportó la logística. Tras una larga sobremesa, el candidato se fue a descansar a la habitación principal. Persianas bajas y silencios generosos del reducido grupo que deambulaba por el parque completaron la tarde. Entre las 15 y las 18.30 logró dormir.

Un par de horas más tarde ya no estaba rodeado únicamente de familiares y de una treintena de amigos, sino que un puñado de periodistas –los que lo habían acompañado durante los últimos tramos de la campaña por el interior– poblaban la casa.

Uno de los hermanos del aún candidato, Guillermo, había sido el encargado de convocarlos a un punto de encuentro reservado: una estación de servicio en Don Torcuato. Hilario Amadeo “Lalo” Molar, de la agencia Diarios y Noticias, junto a su fotógrafo, Dani Yako; Carlos Quirós, de *Clarín*; Eliseo

Álvarez, de *Tiempo Argentino*; Claudio Bramanti, de la Agencia Noticias Argentinas, y su fotógrafo Norberto González, entre otros, dejaron los autos de sus medios y se montaron en otros que los llevarían a Boulogne. Ya entrada la noche, otros periodistas –los que montaban guardia detrás del cerco de ligustrina desde que se había filtrado el dato de la ubicación del búnker alfonsinista– también se sumaron como cronistas de esas horas definitivas. Todos fueron testigos de ese vuelco histórico en el que siempre –aunque por momentos en soledad– había confiado el mayor de los hermanos Alfonsín.

Ajenas a ese micromundo, las mesas de votación comenzaron a cerrar, y los miles de anónimos fiscales entregaron sus sobres de papel madera, las planillas completadas a mano y firmadas, y por último las actas y urnas lacradas a las autoridades electorales y los hombres y las mujeres de la Empresa Nacional de Correos y Telégrafos. El escrutinio no fue sencillo: después de siete años de dictadura, y a una década de la última compulsiva presidencial, la sociedad había perdido la práctica de la participación eleccionaria. Sobraba entusiasmo, faltaba experiencia en los centenares de miles de jóvenes que debutaban como votantes y a la vez como autoridades de mesa o fiscales partidarios. Eran generaciones de chicas y muchachos, de entre 18 y 27 o 28 años, que nunca habían votado.

Al caer la tarde, ATC comenzó la cobertura del escrutinio bajo el título “Argentina elige su futuro”, con cinco unidades móviles dispuestas en la Capital y vía cable coaxial con cada provincia.

Las tradicionales ocho mesas de la Antártida abrieron el conteo televisivo y los cómputos fueron: Alfonsín, 102 votos; Luder, 58.

A bordo de un Renault 30 gris metalizado, en el que recorría los 228 kilómetros que separan Pergamino de Buenos Aires, Borrás escuchó ese mismo primer número en la radio, y sin alzar la vista les dijo a sus hijos Raúl y Ana: “Ganamos”. Así, sin titubeos ni relecturas, en ese tono apocado que lo caracterizaba.

El resultado antártico tenía tres militares de cada cuatro empadronados en actividad de las tres fuerzas y era una muestra representativa de la estructura de oficiales y suboficiales. Si los que sabían que se iba a derogar la autoamnistía lo votaban, la cosa no podía salir mal.

El futuro presidente no permitió la euforia ni el festejo, y mucho menos los excesos. Comenzó con sus habituales caminatas con las manos atrás. Buscaba aflojar tensiones, hacía preguntas pausadas por largos silencios, con los ojos fijos en el piso, evadía el bullicio que empezaba a ganar la escena de esa casa de fin de semana.

Uno de los móviles de la ATC pública transmitió el escrutinio de la Escuela José Gervasio Posadas, un imponente edificio en la avenida San Juan casi Pichincha, en el barrio de San Cristóbal, zona tradicional de comercios mayoristas, jugueteros, librerías y vendedores de artículos para gastronomía, muchos de origen sirio libanés –los “turcos”, según la simplificación porteña de aquellos años–. Allí, la mesa 1155 femenina (las mesas tenían un parteaguas: el sexo), que escrutó toda la Argentina frente a la TV, blanco y negro en su inmensa mayoría, fue elocuente: habían concurrido 244 mujeres de las 285 inscriptas, y Alfonsín, con 161 votos, triplicaba al peronismo, que sumaba apenas 58 boletas. El hombre que presidía el panel en el piso del estudio era el experimentado Roberto Maidana, quien intentaba poner paños fríos y recordaba que Juan Carlos de Pablo –el “numerólogo”, como lo presentaba– acababa de decirles minutos antes que había que aguardar los cómputos oficiales. En un *mix* de oficio, reflejos y olfato, durante el corte Maidana (gerente de noticias) le ordenó a Mónica Gutiérrez que partiera hacia la casaquinta de Boulogne.

La suerte quiso que, tras conocerse ese resultado, Ítalo Argentino Luder hiciera su entrada a las “oficinas políticas”, tal como se las denominó en el aire de ATC. Un joven Nelson Castro –de ambo claro, con sus anteojos característicos y grabador en mano– secundaba al activo cronista del canal público frente a

las puertas del edificio de Reconquista 1016. El candidato llegó vitoreado, al grito de “pre-si-den-te, pre-si-den-te”, e intentó apurar el paso entre una andanada de abrazos y empujones de la militancia que lo aguardaba y a la vez lo alejaba de las puertas de ingreso, valladas y custodiadas por uniformados de la Policía Federal.

“Fue una noche inolvidable y muy tensa ahí adentro”, recordó Castro, y confesó que aquel fue su ingreso definitivo al periodismo político. En plena dictadura, y con la gran mayoría de las radios en manos del Estado, los cronistas callejeros dedicados a cubrir política no existían. La salida hacia la democracia fue también el quiebre de esos trabajadores –con oficio–, que dejaron atrás las coberturas deportivas para adentrarse en la seducción del periodismo político. Castro había sido convocado por radio El Mundo el lunes previo a la elección para trabajar como acreditado en el comando de campaña del PJ.

Con la ansiedad del joven que presiente su oportunidad, llegó temprano al Bajo porteño –viejo barrio de burdeles que supo cobijar millares de sueños de amor de marineros en los tiempos de oro de la Argentina agroexportadora–. Castro, sin haber cruzado palabra con la dirigencia peronista durante la campaña, estuvo atento a cada movimiento y se acercó ante la llegada de los escasos referentes que pasaban por la coqueta sede.

Entrada la noche, los canales comenzaron a dar resultados precisos en distritos del Gran Buenos Aires en los que la UCR no solía tener buenas performances. La TV confirmó lo que había adelantado el teléfono. Era hora de creer lo que leían los locutores en las veinticuatro pantallas apostadas en el Centro Cultural San Martín. Las sonrisas y las palmadas empezaron a hacerse más frecuentes. En Avellaneda y Quilmes, la Lista 3 estaba por encima de los cálculos previos. No solo ganaba Alfonsín con su boleta blanca, ganaban también Alejandro “Titán” Armendáriz con su boleta celeste, y los intendentes locales con su boleta amarilla. Dos seguidores de Crisólogo Larralde de pura cepa, Luis Raúl “El Chino” Sagol (Avellaneda) y Eduardo

Vides (Quilmes), ya habían recibido las felicitaciones de sus competidores peronistas. “Si estamos ganando en la tercera... Ahora sí, ganamos”, pensó en voz baja el que, hasta hacía un par de meses, era el retador.

Y ahí sí salió al jardín, y tras besar en la frente a una de sus hijas, se lanzó a caminar. ¿Recordaría sus primeros ataques de asma en Chascomús, esos que de pibe lo habían empujado a quedarse más tiempo en cama? ¿Pasarían por su cabeza los largos meses fuera de casa, en la impiadosa juvenilia liceísta? ¿O la primera interna de la derrota principista de 1946 con Intransigencia y Renovación? ¿O el alegrón del día en que finalmente recibió el título de abogado? ¿O la banca de concejal, que tan poco duró, o el triunfo en las internas que lo llevó a presidir el partido en su pueblo? ¿Volvería a su mente el día en que había jurado sus mandatos de diputado provincial o nacional y que nunca pudo completar? ¿Pensaría en aquellas semanas detenido por el Onganiato? ¿En el verano del 72, cuando finalmente decidió ir a perder contra su mentor, Ricardo Balbín? ¿O en el choque en ese Falcon Rural que casi lo saca de la interna? ¿Aún retumbaban los miedos de los tiempos de las reiteradas amenazas de la Triple A? ¿O los de los primeros años de la dictadura, cuando Camps se había ensañado? O tal vez ya solo quedaban las certezas, esas que atronaban en los cánticos de las multitudes de Oberá, Ferro, Córdoba, Posadas, Estudiantes de La Plata, el Obelisco o el Monumento a la Bandera.

Su ensimismamiento se interrumpió cuando decidió dialogar con el pequeño grupo de periodistas que ahora caminaba con él por el jardín. Eran más de las diez de la noche y los flashes de los escasos fotógrafos iluminaban la oscura caminata. Fueron a paso lento en dirección a la cancha de tenis, detrás de la piletta. Los cronistas llevaban el cansancio auestas pero sabían que formaban parte de un hecho histórico, ese que iban registrando con sus anotadores y grabadores de mano. Terminaba la dictadura, empezaba la democracia. Nadie sabía por cuánto tiempo, la mayoría votaba por que fuese para siempre.

Estaba agotado, sí, pero le gustaba caminar hacia delante, mirar sus propios pasos, de a ratos cortos, meditados, hablar en un tono apagado, casi inaudible, buscando el puñado de palabras que se ajustaran a ese momento irreplicable con el que había soñado durante casi cuatro décadas de militancia.

–Jugó el voto democrático y no solo el radical –les repitió a los cronistas–. No hay exaltación en mí, estoy sereno. No sé explicar bien, no es alegría.

Siguieron recorriendo el entorno de la pileta. En un momento, tomó con su mano derecha el brazo de un cronista y susurró, en voz muy baja: “Eso sí, comprendo que es el día más importante de mi vida”.

Ahí se relajó y enfiló hacia las luces del chalet central, donde ya todo era celebración. Los sucesivos llamados solo traerían noticias que anunciaban triunfos y diferencias inesperadas. Hubo abrazos y gritos, pero él mantuvo una felicidad calma, sin estridencias, como si estuviera preservando la garganta para su primer discurso como presidente electo.

A partir de las 22, en la sede partidaria del peronismo de la avenida Santa Fe comenzaron a colocarse pizarras con resultados en los que la Lista 2 era ganadora. Guarismos de Buenos Aires, Catamarca, Córdoba, Chaco, Chubut, La Pampa y Santa Cruz. “Extraoficialmente, sabemos que se están reteniendo datos para confundir y que la información llega deformada”, señalaron, y agregaron que en la oficina de Reconquista, donde estaba Luder, se había cortado la luz y que eso era “intencional”.

A las 22.30, el presidente electo se encerró en un cuarto con sus colaboradores íntimos. Víctor Martínez, candidato a vice, partió hacia el Comité Nacional media hora después.

Finalmente, a las 23.15 Alfonsín le pidió al mayor de sus amigos, Germán López, que lo acompañara. Fueron juntos a ubicarse bajo el alero de tejas para dar una entrevista televisada. Allí repitió lo que había dicho durante el último mes en cada localidad en la que había dialogado con la prensa: “No podía-

mos ganar jamás las elecciones si no nos votaban los trabajadores. Creo que está pasando simétricamente lo contrario a lo de 1946, cuando muchos yrigoyenistas, sin dejar de serlo, votaron a Perón. Hoy muchos peronistas, sin dejar de ser peronistas, nos votaron a nosotros”, subrayó.

Ajeno a las declaraciones, el dueño de casa repartía solidariamente toda clase de abrigos a los periodistas que habían comenzado su cobertura en una jornada primaveral de calor veraniego, pero que ahora en el conurbano norte sentían las inclemencias de la caída de la temperatura. El anfitrión, con alma y porte de productor, aunque escasa gimnasia partidaria, también había comprado una veintena de cuadernos de tapa anaranjada, entendiendo que iban a ser fundamentales para las cuentas de los electores que traería cada distrito. La elocuencia de los números hizo que nadie los necesitara para hacer especulaciones probabilísticas. Margarita Ronco tomó uno de los cuadernos y apenas garabateó en la primera página algunos nombres, pero ahí se detuvo. En minutos, esas hojas vacías se convirtieron en papelititos para el festejo.

A diez minutos de la medianoche, el resultado de Córdoba cayó como baldazo de agua fría en la sede peronista: la UCR arrasaba con más del 56 por ciento. Fue la primera derrota admitida. Sin embargo, seis minutos después, desde un altoparlante se pedía “calma” frente a las “provocaciones de los que salieron prematuramente a festejar”. La militancia reunida no pensaba igual: “Lo’ vamo’ a reventar, lo’ vamo’ a reventar”, respondieron sin protocolo y con las eses estratégicamente omitidas. En el medio de Recoleta, esa mezcla de alegría por el voto positivo a Alfonsín y de júbilo por el voto gorila, tradicional en la zona, era un combo complejo de asimilar para la muchachada justicialista.

Después de ese primer encuentro con los periodistas, Alfonsín se apartó y se quedó solo en la habitación. Se recostó una vez más, se cubrió con una manta y así estuvo largos minutos. El país entero lo esperaba, y él, en su cabeza, empezaba a tipear

su discurso. Luego se levantó, se duchó rápido y, bajo la atenta mirada de su mujer, se cambió. Se puso un par de medias azules de caña alta, el pantalón del ambo de media estación gris claro con diminutas rayas blancas. Lentamente se calzó un par de zapatos negros acordonados, que apoyó sobre una silla del cuarto para poder enlazar correctamente –vieja costumbre militar que nunca había perdido–. A la almidonada camisa celeste la abrochó botón por botón, sin mayor apuro, y se hizo un nudo sencillo en la corbata color gris cruzada por franjas azules. Se miró en el espejo y ratificó que había engordado con toda la ansiedad de esos últimos días de campaña. Igual debió ajustarse el cinturón de cuero negro. La típica indumentaria del abogado que “patea” los tribunales durante la semana. Un uniforme, sí, pero civil. Una imagen más del cambio en marcha. Dejó la indumentaria del candidato de campera azul gastada y se calzó la vestimenta del presidente civil tan demorado.

“Muchachos, vamos todos a los autos que ya es hora de ir al Comité Nacional”, alentó Germán López. Los coches comenzaron a formar una fila en el interior de la quinta y el círculo pequeño del presidente se empezó a apretar en los asientos.

Veinte minutos después de la medianoche, el presidente electo se sentó en el asiento del acompañante. Nunca le había gustado manejar, y en su entorno todos sabían que no era habilidoso al volante. Cuando se abrieron los portones, la comitiva recibió la algarabía de vecinos y curiosos de la zona. La caravana desanduvo los treinta kilómetros que la separaban del edificio de cinco plantas del Comité Nacional, en Alsina y Entre Ríos, secundada por la comitiva policial de dos Ford Falcon. Sí: los tantas veces temidos eran ahora custodios de la democracia.

Fue un rato largo sin muchos datos más. Alfonsín tenía los ojos fijos en el frente, intentaba registrarlo todo; en cada esquina había gente festejando, pero muy pocos advertían su paso, la mayoría ignoraba quién iba en ese auto que pugnaba por abrirse camino.

A pesar de las interrupciones democráticas de la segunda mitad del siglo XX, él era un veterano de los comicios y tenía claro que lo único válido era el acta de la mesa firmada por las autoridades y los fiscales de las restantes fuerzas políticas. La militancia radical era su mejor garantía de conteo y triunfo. No existían los celulares y la única forma de recolectar números, pueblos que se ganaban y dirigentes que se convertían en intendentes o gobernadores, era la genuina charla telefónica.

El camino se teñía de rojo y blanco. Sin embargo, el presidente se apartó de la pequeña caravana y cumplió una promesa: se tomó unos minutos para desviarse hasta las inmediaciones de la cancha de Ferro, en Bogotá casi esquina Colpayo, donde su amigo Jacobo “Yaco” Sereno había salido de una convalecencia. Tras subir y dialogar con su familia, siguió el camino rumbo al encuentro de la dirigencia partidaria. Por esas horas las calles porteñas ya eran un hervidero. Esa noche Buenos Aires no durmió. Alfonsín tampoco.

Lentamente, la esquina de Alsina y Entre Ríos se fue transformando en el punto de encuentro de la militancia porteña de la zona sur y céntrica. A toda esa gente que se había levantado muy temprano, o que no había dormido, se sumaban miles de personas enfundadas en banderas argentinas, rojas y blancas, vinchas de polietileno anudadas a la frente, boinas blancas que identificaban a los radicales desde la Revolución del Parque, o las *aggiornadas* a la campaña, coronadas por un vivaz pompón rojo en el centro.

Cada quien llegaba con su Alfonsín a cuestas. Ese resultado abultado e inapelable también se había ido construyendo sobre la base de muchos “alfonsines”, un mosaico diverso en el que las sociedades construyen sus esperanzas de futuro cuando edifican una mayoría: el hombre campechano y ya maduro, el abogado defensor de los derechos humanos, el radical progresista, el padre canchero, el galán de la sonrisa generosa, el orador emotivo, el que le iba a poner fin a la corrupción, el que podía cerrar el capítulo de la violencia setentista, el que iba a derogar

la autoamnistía, el que había organizado el acto a la vuelta de casa, el que le gustaba a la chica que me gustaba o al chico que me gustaba, el que no tenía miedo, el que no era gorila ni parecía gorila, el que criticaba a la “izquierda pituca”, el que prometía levantar las persianas de las fábricas cerradas, el que había roto todos los esquemas recitando el preámbulo, el que había dicho lo que tantos pensaban sobre el pacto sindical-militar, el que había juntado a los radicales de la interna eterna, el que le podía ganar al peronismo o el que se tuteaba con los líderes de la socialdemocracia europea. Todos cargaban con su propio Alfonsín en la mochila, y con él marchaban.

Octubre fue un mes signado por los cierres de campaña multitudinarios que ocuparon las tapas de los matutinos y vespertinos, día tras día. Radio Mitre cambió de dueños el miércoles 5, y la frutilla del postre era el equipo de *Sport 80*, que venía a dar batalla contra el monopolio de José María Muñoz y Radio Rivadavia. El sábado 15, en la Sudáfrica del apartheid, el brasileño Nelson Piquet ganó el campeonato de Fórmula 1, con dos puntos más que Alain Prost. Las tardes infantiles eran de Canal 9, con *El Club de Anteojito*, bajo la batuta de Berugo Carámbula y Gachi Ferrari, con los payasos Firulete y Cañito, sumados a Calculín, el Patriarca de los Pájaros y la batería de personajes de Manuel García Ferré, que además había incorporado una novedosa computadora llamada “La maquinola”.

La música había recuperado su andar eminentemente comercial después del *impasse* chauvinista de la guerra de Malvinas. “All Night Long”, de Lionel Ritchie, que mixturaba ritmos caribeños con el funk, y “Say Say Say”, con el dueto Michael Jackson y Paul McCartney, eran dos de los temas que hacían bailar en las pistas de las discotecas de moda. Pasadas las cuatro de la madrugada llegaban los lentos, y la voz aguardentosa de Bonnie Tyler, con su “Total Eclipse of the Heart”, era el puntapié inicial de los abrazos y los arrumacos para las parejas que aceptaban el reto de quedarse a oscuras. David Bowie, con

“Let’s Dance” y “Modern Love”, también invitaba a sacudirse. Cajas rítmicas, *samplers*, sintetizadores, y las nuevas tecnologías desataron una segunda revolución estilística de la música pop tras la irrupción de los Beatles en los 60. La dupla de Annie Lennox y David A. Stewart, Eurythmics, y el trío que lideraba Sting, The Police, fueron dos de las bandas más exitosas en ese año de cambios radicales.

Por estas costas, el público celebraba la llegada de *La dicha en movimiento* de Los Twist, una banda para bailar y reír con producción de Charly García. En los asaltos, los adolescentes bailaban al ritmo de Pipo Cipolatti. El Café Einstein de Córdoba y Pueyrredón era el centro de la escena alternativa local. Sumo, la banda liderada por Luca Prodan, lanzaba trescientos casetes de *Corpiños en la madrugada*. Sin embargo, la banda más popular pasaría a ser la que lideraba Miguel Mateos: Zas, con su disco *Huevos*, se transformó en el grupo que les puso letra y música a esos días. Sencillo, accesible, escribe “en la cocina hacen falta huevos”, y los más jóvenes encuentran su voz. La trova rosarina había desembarcado un año antes con fuerza en Buenos Aires de la mano de Juan Carlos Baglietto, Silvina Garré y un jovencísimo Fito Páez, entre otros.

Las salas cinematográficas se llenaron con tres éxitos norteamericanos que marcaron el año. La comedia disruptiva *Tootsie* superó el millón y medio de espectadores. Detrás, bordeando casi 1,3 millones de boletos vendidos, se ubicó el musical *Flashdance*, que fue furor entre los más jóvenes por su banda de sonido. Y apenas por debajo, el drama *Reto al destino* fue el otro gran éxito del año, abordando con mirada crítica la formación militar en la marina norteamericana.

El dúo humorístico de Alberto Olmedo y Jorge Porcel, de la mano de Enrique Carreras, se quedó con el sitio de las películas nacionales más vistas con *Los extraterrestres*, que vendió 1.125.891 entradas, mientras que *Los fierecillos se divierten* cortó 925 mil tickets. Del plano político, las dos más exitosas fueron *La república perdida* (902.533 boletos) y *No habrá más penas ni*

olvido (765.463 boletos). La primera cinta, de 146 minutos, era un documental guionado por Luis Gregorich, sobre una idea de Enrique Vanoli, exsecretario de Ricardo Balbín. Mientras que la segunda estaba basada en la novela de Osvaldo Soriaño, con una dura relectura de la violencia setentista en el seno del peronismo y un auténtico *dream team* de la pantalla local: con actuaciones de Federico Luppi, Víctor Laplace, Rodolfo Ranni, Miguel Ángel Solá, Lautaro Murúa y Graciela Dufau, entre otros, fue dirigida y adaptada por Héctor Olivera, con la colaboración de Roberto “Tito” Cossa.

La casa nacional del radicalismo tenía acceso a los cables de agencia. Con eso, más las llamadas telefónicas de sus dirigentes, iba construyendo números. A esa precariedad, periodistas y dirigentes le llamaban “Centro de Cómputos”. La desconfianza y la certeza de que todo se resolvería en el Colegio Electoral dilataban aún más las evidentes ventajas que arrojaban los resultados provisionarios.

Mientras que el alfonsinismo tenía esa locación como set central de su largometraje, la campaña del peronismo se dividió entre dos oficinas que funcionaron como búnker electoral: una en Retiro y otra en la coqueta esquina de Santa Fe y Uruburu, que era la sede elegida para hablar ante esa multitud que, confiaban, se agolparía para el festejo, ni bien se conocieran los primeros resultados. Allí se repartió el universo de colaboradores que acompañaron a Luder, y fue en el edificio de Reconquista, entre el pasaje Ricardo Rojas y la calle Marcelo T. de Alvear, donde resolvió aguardar los primeros números del asegurado “triumfo”. La “custodia” de las calles radicales que lo cobijaban no lo ayudó.

El frente del edificio que había elegido el PJ solo tenía un cartel con la palabra *Bienvenidos* en tipografía blanca impresa sobre fondo negro, con un rectángulo celeste. Por debajo, era posible advertir que había otro de mayores dimensiones pero tapado con un gran plástico negro. Cuando los periodistas y algunos militantes comenzaron a llegar, se encontraron sobre

la vereda con una enorme escalera de madera abierta, como si alguien la hubiera usado para tapar el letrero gigante, o bien para descubrirlo en el momento en que llegase la gloria.

Fueron pocos los candidatos y dirigentes que se acercaron. Hubo un dato que a Nelson Castro le llamó la atención: al caer el atardecer, vio llegar a alguien con planillas y una expresión de tristeza: “Perdimos en mi colegio de Avellaneda. Si perdimos ahí, la elección está perdida”, dijo ante la mirada incrédula de quienes lo rodeaban. El primer cordón del conurbano fue uno de los ejes del triunfo radical.

Aburrido y olfateando falta de información, Castro fue caminando hasta una escuela ubicada a pocos metros de la sede y consiguió el resultado que intuía: Alfonsín había ganado con comodidad. Lo anotó en su libreta y volvió al búnker en el momento en que Saúl Ubaldini iba al encuentro de los periodistas. Lo puso al aire por radio El Mundo, donde Juan Bautista “Tata” Yofre era el responsable del análisis político:

–¿Qué datos están recibiendo de la Ciudad de Buenos Aires? –preguntó.

–No tenemos ningún dato –respondió el dirigente cervecero. El novel Castro no se apiadó e insistió sugiriendo que los estaban escondiendo.– No tenemos datos. ¿Usted tiene? –retrucó, molesto, el líder cegetista.

–Sí, en la escuela de acá a la vuelta ganó Alfonsín por amplia diferencia –sentenció Castro.

Ubaldini entró en silencio al comando de campaña.

Casi al mismo tiempo en que Alfonsín partía de Boulogne al centro de Buenos Aires, desde los parlantes de ese mismo lugar se emitía la voz de Deolindo Felipe Bittel. El dirigente chaqueño daba por resueltos los triunfos de Catamarca, Chaco, Formosa, La Pampa, La Rioja, Salta, San Juan, San Luis, Santiago del Estero y Tucumán. Inmediatamente se modificaron las pizarras, que no mintieron. El peronismo ganó todas esas gobernaciones a pesar de perder en algunos de esos distritos contra la boleta blanca de la UCR.

Entre apretujones, abrazos desaforados y empellones, Alfonsín fue directo a su despacho. Allí recibió todo tipo de números y datos precisos que llegaban de los fiscales generales y apoderados que se comunicaban mediante las escasas líneas telefónicas que funcionaban en la casa partidaria. El “Centro de Cómputos” confirmaba que el triunfo era una realidad.

El resultado provisorio de la 1.45 del lunes indicó que la fórmula de la UCR se imponía por amplio margen a nivel nacional, y solo perdía en Formosa, Jujuy, La Rioja, Salta y Santa Cruz. Mientras que en las provincias de Chaco y Santiago del Estero la situación era de virtual empate en los reportes que se brindaban desde las pantallas apostadas en el Centro Cultural General San Martín, cada media hora.

Cargada con enormes auriculares, Mónica Gutiérrez se internó en el salón de la planta baja del búnker radical y, mientras su colega compartía el micrófono, señaló: “El doctor Raúl Alfonsín debe estar haciendo tiempo para que realmente se afirmen las tendencias. Yo reitero que su actitud era de extrema mesura para tomar los cómputos, casi como si él mismo no pudiera alcanzar a entender que son reales”.

En medio de ese maremágnum de gente y emociones, Carlos Barulich, otro de los cronistas de ATC, logró conseguir un teléfono para llamar a su pueblo natal, Pujato. Estaba preocupado por su padre, un viejo peronista de toda la vida, y quiso hablar con él para contenerle la tristeza. Padre peronista, un hijo periodista que seguía al hombre de Chascomús y el otro hijo candidato radical. Después de varios llamados, Carlos pudo dar con su papá en la casa del hermano: “Acá ganó el estúpido de tu hermano, pero yo no lo voté”, el cronista cortó el teléfono con una sonrisa. El grito que llegaba de la calle era ensordecedor.

“Que salga el presidente, oh oh oh oh; que salga el presidente”, coreaban los jóvenes más entusiastas con el ritmo de un hit veraniego que invitaba a ir a la playa. Todos festejaban y cortaban ambas calles. “¡Al-fon-sín, Al-fon-sín!”, gritaban otros con los brazos extendidos al cielo.

Tras pedirle reiteradamente a la muchedumbre reunida que abriera paso para los camiones con urnas que se dirigían al Congreso por la avenida Entre Ríos, el lugar elegido para montar el escrutinio, Luis Domenianni tomó el micrófono y fue leyendo resultados parciales que llegaban a través de las cableras. Las ovaciones eran generalizadas, los triunfos también. Los amplios balcones embanderados y afichados del primer piso del edificio aledaño estaban atestados de vecinos que, sumados a amigos y colados, habían cambiado la fisonomía de la esquina.

Puertas adentro, en el sobrepoblado despacho del tercer piso, el sociólogo Edgardo Catterberg, quien había trabajado en los sondeos de encuestas durante la campaña, insistía en que la tendencia era irreversible. El virtual presidente electo aguardaba un llamado o una señal que entendía acorde a la estatura del otro candidato, un hombre del Derecho de origen radical. Nada de eso sucedió.

A minutos de las dos de la madrugada, el periodista de ATC en la sede del PJ, Alberto Muney, dejó entrever que allí todos confiaban en los resultados que aún restaban de la provincia de Buenos Aires y de Santa Fe. Sostuvo, en su salida al aire, que carecía de información lo “suficientemente significativa” como para poder brindarla con “responsabilidad y seriedad”. El director del noticiero del canal oficial eligió la cámara de exteriores y puso el foco en una decena de jóvenes que, abrazados, intentaban sostener la espera cantando. En los ventanales del edificio solo había una cámara, su operador y un “tiracables”. Antonio Cafiero, Carlos Grosso, Miguel Unamuno y Rodolfo “el Petiso” Audi, todos integrantes del Movimiento Unidad, Solidaridad y Organización (MUSO, algo así como la semilla de la renovación), fueron algunas de las escasas figuras que se asomaron en las eternizadas horas de ese domingo esquivo.

Las oficinas se fueron vaciando y un clima de congoja se apropió del lugar. Eran pocos los periodistas cuando Ubaldini se retiró y volvió a cruzarse con Nelson Castro, al que veía por segunda vez en su vida. Se le acercó y con los ojos llenos de

lágrimas le dijo: “Usted tenía razón, perdimos”. Fue minutos antes de que Alfonsín saliera por fin a saludar a los suyos.

Un conmovido y sollozante Ubaldini, que se había cargado la campaña al hombro, arengó a los militantes (no había mujeres y no sumaban más de doscientas personas) a seguir aguardando cifras oficiales, mientras abandonaba el lugar rumbo a su desangelada oficina de la calle Brasil, en el barrio de Constitución, donde tenía sede su sector de la Confederación General del Trabajo. A pocas cuadras de ahí, el aún anónimo militante e ingeniero agrónomo Felipe Solá caminaba solo y llorando sin poder entender la derrota.

Alsina y Entre Ríos era la contracara. “Siga, siga, siga el baile, al compás del tamboril, que vamos a ser gobierno de la mano de Alfonsín”, cantaba la multitud al ritmo del clásico candombe rioplatense que, desde mediados de los cuarenta, bajo el carisma y la voz del inmarcesible Alberto Castillo, se había convertido en un hit.

Hasta ese momento, según la carga oficial, hay 37.959 mesas escrutadas. Los porcentajes cantan: 54 a 38. No hay nada más que esperar, son las cuatro de la mañana. Los salones y despachos del moderno edificio no aguantan más gente, ni más pitadas: el humo del cigarrillo todo lo nubla y consume. Las persianas bajas impiden el ingreso de los que pugnan por subirse al tren de la victoria.

Hasta que por fin llegó el momento: Raúl Ricardo Alfonsín salió al balcón de la primera planta y saludó tomando con la mano izquierda a su compañero de fórmula, el cordobés Víctor Martínez, de chomba blanca y campera azul. La gente se arremolinaba sobre la cada vez más angosta calle Alsina. Rubén Rabanal, hijo de quien fuera intendente porteño en los sesenta, de ambo azul y corbata, con sus característicos lentes de marco grueso, se abrió hacia el costado para que el dueto pudiera asomarse. “Vamos, Raúl, carajo”, repitió a los gritos un longilíneo Leandro Hipólito Illia Martorell, hijo del último presidente radical. Estaba colgado sobre una gigantografía que pendía de

unos alambres, y cargaba seguramente con la emoción contenida por la ausencia reciente de su viejo. El presidente electo, generoso en el triunfo, hizo pasar a Antonio Tróccoli, que se quitó el cigarrillo largo que tenía en la boca, aún sin encender, y saludó a la multitud. Lo mismo hizo con Alejandro Armendáriz, ambos de rigurosa corbata. Mientras tanto, Leopoldo Moreau y Jesús Rodríguez pugnaban por acercar dos micrófonos con improvisadas capuchas de esponjas “anti pop”, cables y pie mediante.

“Amigos de la Capital”, dice Alfonsín, y se frota la frente. Hace una pausa, sonrío. En su interior, muy probablemente, se siente relajado. El pelo abundante, arremolinado de tantos abrazos y horas transcurridas, lo rejuvenece.

Moreau y Rodríguez intentan infructuosamente acallar a la multitud con sus manos derechas extendidas y las palmas hacia abajo. No parecen disfrutarlo: cierta marcialidad se impone por sobre el goce del triunfo. En diciembre ambos jurarán como diputados nacionales. Están embarcados en un imposible: quieren ordenar a esos miles de esperanzados y enfervorizados en la madrugada más deseada de sus vidas. El presidente electo arranca de nuevo entre el griterío: “Amigos, yo quiero agradecer en nombre de la Unión Cívica Radical, todo el esfuerzo que ustedes han realizado a través de una campaña larga”, dice con tono pausado al hablar de su partido. “Quiero agradecer ese esfuerzo, no solamente porque ha logrado este triunfo importantísimo del radicalismo”, sigue sin levantar la voz. “Al-fon-sín, Al-fon-sín”, estallan los de abajo, que ahora se suben a la marquesina esponsorizadas por otra retadora, Pepsi-Cola, que enmarca al bar de la esquina que hay frente al balcón. Los que portan bombos comienzan a alzarlos por sobre sus cabezas, la gente no da tregua y se afana en el intento por ver de cerca al nuevo presidente.

Al balcón se sumó la futura vicegobernadora bonaerense, la arquitecta Elva Barreiro de Roulet. Es *la* mujer en esta historia. Vivía en la esquina de Ayacucho y Las Heras, en el corazón de

Recoleta y, a diferencia de decenas de dirigentes bonaerenses, dijo que sí cuando le propusieron dar pelea. Fue la primera en ocupar un cargo electivo en el Ejecutivo con sede en la ciudad de las diagonales. Su marido, Jorge “Yuyo” Roulet, será secretario de la Función Pública.

“Agradezco el esfuerzo porque ha sido la participación de la ciudadanía argentina en su conjunto lo que ha garantizado que este proceso de democratización de los argentinos culminara con éxito”, sigue Alfonsín en un tono casi reflexivo. Vuelve a desatar una ovación cuando pide “un médico”. La campaña, que quedará caracterizada por la masividad de los actos, dejó centenares de escenas como esa: mujeres y hombres que se desmayaban en medio de las aglomeraciones. El candidato de Chascomús no dudaba en solicitarles a los médicos que se encontraban entre el público que acudieran en auxilio. Esto nunca había sucedido hasta 1983.

Para 1984 el combinado de nombres “Raúl Ricardo” se repetirá en las partidas de nacimiento de 535 bebés que se inscribirán en los registros civiles de la Argentina. Las “Alfonsina” sumarán otros 55 registros.

“Yo les pido que comprendan que iniciamos una nueva etapa en la Argentina y que este día...”. Vuelve a pedir dos veces la presencia de los médicos. Como en cada acto de la campaña, la gente había desbordado toda previsión. Alfonsín dice: “Por favor abran el cordón para que pueda pasar la camilla”. Recién ahí retoma por cuarta vez su discurso, y esta vez sí entra en trance, como cada vez que le ha tocado ser orador. “Les decía que es absolutamente necesario que todos comprendamos que este día en el que inauguramos una etapa nueva en Argentina, en el que inauguramos un largo período de paz, de prosperidad y de respeto por la dignidad del hombre y de los argentinos; este día en que recibimos el saludo alborozado de las democracias del mundo y muy particularmente de los países de América Latina, como la de Uruguay, como la de Paraguay. Este día debe ser reconocido como el día de todos”, sintetiza en tono reflexivo.

“Acá hemos ido a una elección, hemos ganado, pero no hemos derrotado a nadie, porque todos hemos recuperado nuestros derechos y entonces tenemos que saber actuar tal como lo hicimos durante nuestra campaña. Levantamos banderas de unión nacional, levantamos banderas de convivencia democrática, levantamos banderas de justicia social, levantamos banderas de solidaridad y de ayuda fraterna. De esta manera tenemos que trabajar para adelante. No va a ser nada fácil, pero no habrá nada imposible para un pueblo absolutamente resuelto a que la Argentina ocupe el lugar que le corresponde. Hagamos que culmine este día como debe culminar este triunfo de la democracia, este triunfo de la Argentina toda. Terminemos el día desconcentrándonos pacíficamente y como corresponde, para ir a saborear en la intimidad de nuestras casas una alegría que va a durar durante muchos años”, invita en su conclusión, que es, por sobre todas las cosas, acertada.

En ese diminuto balcón de no más de ocho metros cuadrados, en esos minutos de discursos y saludos, nada fue casual. Allí estuvo la juventud representada en Rodríguez, hijo de una familia de españoles afincados en la gran ciudad, que fue el diputado más joven de esa camada. La vieja estructura del balbinismo y su vertiente conservadora estaba corporizada en la presencia de Tróccoli. Moreau era el eterno sobreviviente de esa generación que en la laguna Setúbal había prohijado la dinámica movilizadora de la Coordinadora. También estaba el que había sufrido en carne propia la abultada derrota interna, De la Rúa. El futuro alcalde porteño, Julio Saguier, y el hijo de quien había sido el último intendente radical, Rabanal. La dupla ganadora: presidente bonaerense y vice cordobés. Alfonsín sabía que en ese balcón estaban todos y se sentía bien por ello. Su escuela balbinista se lo reclamaba. Sonrió, saludó con bonhomía, depositó la mirada en algún que otro conocido que se entremezclaba con la multitud allí abajo y volvió sobre sus pasos, con la íntima certeza de que algunas cosas se habían hecho lo suficientemente bien como para haber llegado hasta esa madrugada.

Tenía una alegría contenida, ya se ha dicho. No hubo abrazos, saltos ni gritos en ese balcón que funcionaba como improvisado escenario. La gigantografía con su foto y la tipografía en rojo que decía “Ahora Alfonsín” –en mayúsculas sobre el óvalo celeste y blanco, con el “RA” central–, que había marcado a fuego su campaña publicitaria, presidía, desde hacía ya semanas, ese primer piso. La gente gritaba y cantaba y él respondía con sus dos manos estiradas, apoyadas una sobre la otra, y sobre ellas su cara, en ese gesto tierno que hacen los padres cuando les piden a sus hijos que se vayan a dormir. Lo hizo una y otra vez, con una sonrisa, y se retiró hacia el interior del comité. Moreau tomó el micrófono y anunció al “gobernador de la provincia de Buenos Aires”. Alejandro Armendáriz y Elva Roulet tomaron la primera línea del balcón y saludaron con sus manos alzadas, como en un ring de boxeo. Hicieron un breve discurso y se retiraron. Terminaba el demorado festejo, comenzaba el camino de la democracia.

A unas cuadras de ahí, un grupo de mujeres de la rama femenina del PJ comenzó a arengar a los militantes que estaban frente a la sede de Santa Fe al grito de “queremos la verdad”. La queja fue creciendo hasta que empezaron a tirar botellazos contra el edificio y a agredir a los fotógrafos. “Nos destruyeron el movimiento”, dijo llorando una mujer que no daba crédito a lo que había escuchado. Desde los parlantes, una voz leía: UCR 4.215.000 - PJ 2.635.000.

Habían pasado las primeras cuatro horas del lunes 31 cuando Alfonsín ofreció su segundo contacto con el periodismo, custodiado por su colaborador histórico en el trato con la prensa, Carlos “Castrito” Castro, y por el hombre que encabezaba la lista de diputados nacionales en la Capital, Liborio Pupillo, quien, ataviado con un ambo marrón, cargaba ya con varias luchas internas en el barrio de Mataderos. Castrito estaba preocupado, concentrado; el desorden era generalizado y los cronistas daban cuenta de ello en cada salida al aire; Pupillo sonreía, trataba de abanicarse y secarse el sudor, comenzaba a

saborear esa mixtura impensada entre sueño y deber cumplido. Domenianni batallaba para colocar los micrófonos en una mesa que intentaba ordenar la anarquía reinante. Alguien acercó una minúscula bandera argentina con base y asta para sumarle protocolo a la escena.

La madrugada parecía no terminar nunca. Afuera, los que celebraban no se querían ir; adentro, enfrentaron los micrófonos de los cronistas Alfonsín y Martínez, que pudieron sentarse a esa mesa. “Silencio, silencio”, fue lo primero que pidió el virtual presidente. Lo hizo con un gesto adusto, entre cansado y molesto por la incomodidad y los gritos. “El doctor Alfonsín ha logrado sentarse”, anunció Barulich por la pantalla de ATC, y era la descripción correcta de un logro. “¡Será posible hacer silencio! No escucho ni una pregunta. ¡De lo contrario...!””, continuó el protagonista exclusivo. “Para comenzar la conferencia de prensa queríamos que usted nos dirigiera la palabra...”, contemporizó Gutiérrez. Pero Alfonsín, raudo, se paró y pegó un grito como si aún estuviera en un plenario picante del radicalismo bonaerense: “Yo les pido por favor a quienes no sean periodistas que se retiren allá”, y señaló el fondo del salón. “¡Viva el doctor!””, proclamó uno más enfervorizado. “Y además les pido que permanezcamos en silencio”, repitió, y se sentó para esperar las preguntas. Gutiérrez insistió: “Nos interesaba empezar esta conferencia de prensa...”. “No es esto una conferencia de prensa”, la cortó en seco, y añadió: “Esto es un saludo que venimos a hacerles con el doctor Víctor Martínez a ustedes, porque nos pareció necesario venir a saludarlos”.

Laly Cobas preguntó con elegancia: “Doctor, los argentinos se hacen la siguiente pregunta, ¿Raúl Alfonsín será el nuevo presidente?”. “Bueno”, comenzó su respuesta, “de acuerdo a lo que hemos visto no tenemos ninguna duda, hemos triunfado en la elección”. Gutiérrez repuso: “¿Cuáles fueron los cómputos que más lo sorprendieron?”. “Tenía una mayor preocupación en la provincia de Buenos Aires”, respondió con sinceridad, y

Mónica retrucó: “Recién le habló a la gente como un presidente”. Cobas le hizo otra pregunta concreta:

–¿Se siente seguro?

–Yo siempre me siento seguro pero preocupado, desde luego –respondió ya con el tono amable que unos minutos antes había extraviado.

–¿Cómo pasó esta tarde? –volvió a preguntar la cronista de Canal 11.

–Serenó.

Quien había trabajado junto a Ricardo Balbín, Jorge “Chacho” Marchetti, eligió no preguntar y le contó que en la Plaza de la República jóvenes radicales, peronistas e intransigentes se habían abrazado y bailado al grito de “Ar-gen-ti-na, Ar-gen-ti-na”. “Qué linda noticia me da”, confesó Alfonsín, y de pronto la emoción pareció apropiarse de su cara por primera vez.

Conrado Storani, su antiguo compañero de fórmula en la interna de 1972, se ubicó atrás custodiando el encuentro con los periodistas como un militante más. Ya sin su vozarrón (hijo de un tabaquismo empedernido), extendió los brazos pidiendo calma y silencio. En tanto, en la pantalla de ATC, sobre las imágenes, podían leerse los cómputos: UCR: 4.976.574 - PJ: 3.526.514 - PI: 233.876 - MID: 101.666. Víctor Martínez salió al aire. Las preguntas continuaron, las avalanchas también, y entre tanta ola que iba y venía un vaso de agua cayó sobre la ropa del ya presidente, que se fastidió por el accidente. A su izquierda, Gutiérrez pidió una y otra vez que se colocara los auriculares para poder saludar a Maidana, que presionaba a su periodista para que lograra poner al aire al hombre de la noche. Luego de una gestión de Martínez, que le pasó los aparatosos auriculares blancos a Alfonsín para que se los calzara, los demás periodistas repudiaron con gritos esa exclusividad. “No se quejen, colegas”, pidió Maidana desde el estudio. “Esta es la conferencia de prensa más desorganizada a la que he asistido en mi vida”, abrió Alfonsín la entrevista, y se permitió una sonrisa.

“La soledad es un amigo que no está”, nos enseñó Luis Alberto Spinetta al finalizar los sesenta. A esa hora, Alberto Muney era el único periodista del canal oficial apostado en el búnker peronista de Retiro, y terminó confesando al aire que se había quedado solo. Apenas quedaban el candidato y su hijo, Ricardo Luis, en las oficinas del octavo piso. Un joven y barbudo Carlos Campolongo, de rigurosa corbata, mezclaba sus ansias militantes con el oficio de vocero, y así bajó a la desierta sala de periodistas a las 4.30 para explicar con gesto adusto que el hombre de Rafaela, aquel joven yrigoyenista que había abandonado el radicalismo tras la derrota de 1946, iba a formular declaraciones “antes de retirarse”, y por último que “no estaban en condiciones de reconocer la victoria del radicalismo”. “No es por capricho”, aclaró rápidamente con las manos en los bolsillos y levemente encogido de hombros ante la repregunta. El abogado, psicólogo y periodista fue el único que sostuvo con dignidad la derrota ante la huida de los dirigentes. En su fuero más íntimo, abrazaba la esperanza en votos que llegarían desde lejanas e idealizadas localidades. La imagen contrastaba con las palabras, y su congoja era la de millones de peronistas que no podían creer estar protagonizando la primera derrota presidencial de su historia. Faltaba Perón, nacía Alfonsín.

Raúl Ricardo Alfonsín Foulkes: el hijo de un movimiento popular que había salido a escena en la última década del siglo XIX y que incorporó la promulgación de una ley electoral que cambió el curso político y social de la Argentina. El radicalismo todo eso lo hizo tras el estallido de cuatro revoluciones armadas, escasamente analizadas, siempre derrotadas por las fuerzas leales a los gobiernos centrales y con un saldo de centenares de anónimos muertos que aún hoy se encuentran en un modesto panteón ubicado en los fondos del cementerio porteño de Recoleta.

De ese clima insurgente que llegó por primera vez a la Casa Rosada recién cuando se realizaron efectivamente las elecciones del domingo 2 de abril de 1916, y que llevó a la presidencia en

dos oportunidades a su máximo líder, Hipólito Yrigoyen; de esa conjunción de orilleros criollos, jóvenes universitarios e hijos de inmigrantes nació nuestro protagonista. Esa construcción madura de mayorías había tenido su última expresión masiva y callejera en julio de 1933 con el entierro del líder. En los años cuarenta pasará a ser propiedad de otro hombre, surgido de las entrañas del poder: Juan Domingo Perón, el que eclipsó los deseos y las ansias de los sectores populares.

Esa suerte cambió de mano medio siglo después de la muerte de Yrigoyen. El hombre que dio vuelta la historia de raíz también daba vuelta el 25 por ciento histórico de Balbín, Illia y el ucerreísmo. En 1983, la lista radical no solo duplicó aquel caudal, sino que obtuvo el 52 por ciento. Volvían los sueños y las ansias de las mayorías a depositar su confianza en un abogado radical, un hombre de comité, un hijo de la educación y la universidad pública, un elegido de entre la “civilidad”.

Todo eso tal vez explique por qué desde aquel iniciático 10 de diciembre de 1983 vivimos en una democracia de continuidad plena, con alternancia y elecciones sin proscripciones. Una democracia inédita en nuestro país, que cambió la historia de la región. Aquella jornada fue el puntapié inicial de la historia que nos enorgullece como nación, el de la reinserción en el mundo y la consagración de derechos fundamentales. Aquel día 10 también trascendió fronteras, porque fue tras esa fecha que la América latina reconstruyó sus democracias.